

HIJOS DE LA LUNA

JOSÉ ZOILO

HIJOS DE LA LUNA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: junio de 2025

© José Zoilo Hernández, 2025
© de la presente edición: Edhasa, 2025
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6473-6

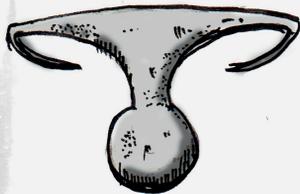
Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 9768-2025

Impreso en España

*A Penélope y a todos los que
me acompañaron durante el ocaso.*

TIERRAS DE PLATA Y ORO



EL ARGAR
SURESTE DE LA
PENÍNSULA IBÉRICA.

Dramatis personae

EN LAS TIERRAS DEL NORTE

En la ciudad de la Luna

Lena: reina de la ciudad de la Luna.

Kendra: sacerdotisa del cuarto creciente.

Breda: sacerdotisa de la luna nueva.

Malker: guardia de la sombra, uno de los hombres antiguos
y protector de la reina Lena.

Moloth: orfebre de Lena.

Gentar: aprendiz de orfebre, discípulo de Moloth.

Kunar: uno de los poderosos señores de la noche, señor de
la luna llena.

Rantar: uno de los poderosos señores de la noche, señor
de la luna nueva.

Volthar: hijo de Rantar, heredero de la casa de la luna nueva.

Tamia: esposa de Rantar y madre de Volthar.

Burgu: veterano guerrero, servidor de la casa de Rantar.

Dugan: joven guerrero, hombre de confianza de Volthar.

Lokthu: joven plebeyo acostumbrado a ganarse la vida de
cualquier manera.

En la Ciudad Blanca

Asda: reina de la Ciudad Blanca.

Laris: orfebre de la reina Asda.

Ostur: uno de los poderosos señores de la noche, señor de la luna creciente.

Targus: uno de los poderosos señores de la noche, señor de la luna llena.

EN LAS TIERRAS DEL SUR:

Entre los adoradores del sol

Elenor: paladín del sol, defensor de su pueblo en la batalla.

Rendor: primogénito de Elenor.

Keltor: primo y lugarteniente de Elenor.

Dunor: el más joven de los guerreros de Elenor.

Tuthnor: hombre sabio entre quienes dirigen los designios de los suyos en la paz.

Entre los salvajes

Seren: joven inquieta que anhela marcharse del mísero poblado en el que vive.

Haragg: padre de Seren y jefe del poblado en el que viven.

Rasna: madre de Seren.

Gilan: montaraz pendenciero y cruel que vive del saqueo entre los suyos.

Prólogo

Catorce años antes del ocaso

El bronce de las espadas y las alabardas se veía manchado de sangre. Eran tres los guerreros que, con ellas en la mano y a gritos, penetraron en la pequeña choza de barro y madera. En las calles oscuras, se alzaban ya las voces desesperadas de quienes poco antes dormían ajenos al peligro. Aquí y allá las llamas comenzaban a teñir de naranja la negrura de la noche, lamiendo las cercas para el ganado y las paredes de los almacenes de cereal, ahora vacíos tras los saqueos.

Una aterrorizada mujer miraba la puerta destrozada con los ojos muy abiertos. No había ventanas ni otra salida posible. Aquellos hombres, que parecían surgidos de la peor de sus pesadillas, ya destrozaban todo a su paso en la estancia, buscando algo de valor para añadir a su botín. Entretanto, ella, muda y conteniendo las lágrimas, abrazaba a su hijo mayor, de apenas cinco años, que se escondía entre sus faldas, y trataba de acallar al bebé de pocos meses que berreaba a su lado, en la pequeña cama de heno.

Uno de los guerreros portaba una espada, arma que la mujer nunca había visto antes; le dirigió una mirada torva y lanzó un gruñido. Nada de valor iban a encontrar en aquella choza, sólo unos pocos pucheros y cuencos de barro.

–¡Cállate de una vez! –bramó al fin, y le propinó un brutal bofetón.

La violencia del golpe la arrojó al suelo. El largo y oscuro cabello le cubrió el rostro, mas aún podía vérsese el hilo de sangre que comenzó a mancharle el labio roto. El bebé arreció en su llanto, y, para sorpresa de los hombres, el otro chiquillo se lanzó, cerrando los pequeños puños, contra el agresor de su madre. No había dado dos pasos cuando el filo de la alabarda se interpuso en su camino. Cayó desmadejado, con el arma atravesándole el pecho, a los pies del hombre.

Rantar, señor de la luna nueva, agarró el mango de la alabarda y, con un tirón, extrajo la hoja. El niño gimio antes de expirar.

–Un esclavo menos, Gruntar –rumió por lo bajo, devolviendo el arma a su dueño–. Habrá que descontarlo de tu parte del botín.

Mientras dedicaba una última mirada al cadáver del crío, su mente voló junto a su propio hijo, Volthar, que en ese momento debía de estar en la ciudad de la Luna, protegido por sus férreas murallas de todo mal imaginable, arrullado por su madre. En unos años, si sobrevivía a las enfermedades propias de la infancia, no como sus dos cachorros anteriores, aprendería el desempeño de un guerrero: seguir los dictados de la diosa y honrar la grandeza de sus antecesores. Ellos, gracias al poder y violencia, obtenían de los seres inferiores cuanto necesitaban.

Acarició instintivamente el brazalete de bronce que le adornaba el brazo izquierdo, símbolo de su estatus y motivo de orgullo como señor de la luna nueva; sólo los más puros servidores de la reina tenían el privilegio de lucirlo, igual que los amplios dilatadores que le embellecían los lóbulos de las orejas.

Sólo otros tres hombres compartían con él el privilegio de comandar a los guerreros de la luna en la batalla, siempre con el beneplácito de la reina. Eran sus iguales, cuatro señores de la noche para cada reina de la luna, uno por cada fase del ciclo lunar. Y la misma jerarquía se repetía en cada una de las cuatro ciudades que habían seguido los dictados de la primera de las mujeres que había conseguido imponerse a la oscuridad. Fue el comienzo de un nuevo tiempo, y, con ello, la instauración de las leyes que ahora todos compartían entonces. Y, estaba seguro, algún día Volthar también luciría en su brazo el brazalete de la luna nueva.

El gruñido de descontento de Gruntar lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué pensabas que podía hacerme este crío? —Rantar enarcó una ceja—. Un simple golpe habría bastado para convertirlo en parte del botín.

La mujer sollozaba con desconsuelo, aturdida, ante el cadáver de su pequeño. Se disponía a acercarse a ella cuando lo detuvo la voz de Burgu, el tercero y más veterano de los tres guerreros. Estaba a punto de sobrepasar la treintena, como las hebras plateadas que adornaban su barba y cabello traslucían. Pocos hombres alcanzaban esa edad, pues prácticamente sólo aquellos que servían como herramientas para mantener sometidos a los demás podían aspirar al privilegio de tener un plato de comida sobre la mesa a diario.

—¿Qué hacemos con el bebé? —había sido la pregunta de Burgu, en cuyos brazos se adivinaban, incluso en la penumbra, los múltiples y sencillos tatuajes que daban fe de las vidas segadas a lo largo de los años.

—La idea es llevarnos esclavos que trabajen para nosotros —respondió Rantar, indiferente—, no tener que criarlos hasta que sean útiles. Tíralo al fuego para que se calle de una jodida vez.

Pese a pretender limitarse a un leve asentimiento, el rostro del veterano se contrajo en una mueca de disgusto. Al contrario que su señor, hacía tiempo que él no disfrutaba maltratando y matando a las gentes indefensas. No en vano Rantar era tenido por el más salvaje y cruel de los señores de la noche; tras media vida alzando la alabarda en su nombre, Burgu había tenido numerosas ocasiones de comprobarlo. Y él, sin embargo, no podía hacer otra cosa salvo obedecer.

Rantar sujetaba contra el suelo a la madre, que volvía a gritar y se revolvía, furiosa, y Burgu lo maldijo en voz baja cuando sintió en sus brazos el liviano peso del pequeño cuerpecillo. A dos pasos del hogar, donde crepitaban las llamas, la áspera manta que cubría al bebé se enganchó en uno de los escasos y desvencijados muebles, dejando a la vista la pálida piel. Burgu abrió mucho los ojos, sorprendido.

–Rantar..., ¡tienes que ver esto!

–Burgu, acaba con el crío de una vez y aguarda tu turno con la mujer –ladró Gruntar, ansioso. Ya se estaba desvistiendo con la mano libre.

–Hay una luna, Rantar. ¡En su hombro! ¿Y si es la señora quien lo ha marcado? ¡No podemos ignorar esta señal sin más! –se desesperó Burgu, abrumado. Aquello tenía que significar algo. Y, aunque habría preferido no tener que contravenir una orden directa de su señor, más temor le causaba la idea de contrariar a la reina hechicera a la que todos debían la mayor obediencia, la que había sido bendecida con los dones de la luna. La única, junto a sus sacerdotisas, que podía interpretar aquella señal.

El señor de la noche bufó, enfadado.

–¿Qué señal, maldito idiota? Lánzalo al fuego de una vez y olvídate de él.

Pero Burgu insistió:

–Mi señor Rantar, lleva la marca de la luna en creciente. ¡Lleva a la señora de la noche estampada en la piel!

Éste, a su pesar, sorprendido y enojado a partes iguales, se levantó. Al instante siguiente, Gruntar ya se disponía a montarse a horcajadas sobre la mujer, que seguía pateando inútilmente.

–Trae aquí –ordenó, y agarró al niño con violencia.

Sus manos se crisparon involuntariamente. Era, sí, una luna. Su guardiana y protectora, la que había hecho prosperar a su pueblo por encima de todos los demás. Allí estaba la marca; destacaba en un claro tono rosáceo sobre el hombro pálido del bebé. ¿Qué podía significar? ¿Podía, acaso, simplemente ignorarlo, teniendo a dos de sus hombres como testigos?

En realidad, ya estaba jugando con fuego, pues aquella misión no contaba con el beneplácito explícito de la reina. La tropa lo había obedecido, forzada, eso sí; y es que desde tiempo atrás su ambición desmedida había comenzado a imaginar cómo sería su mundo si la elegida de la luna, la reina hechicera que regía sus destinos, aflojara el férreo control al que sometía a sus guerreros. Rantar soñaba con extender los dominios de su ciudad en nombre de la gran señora de la noche. Pero la reina se negaba una y otra vez a que mostrara sus alabardas y espadas lejos de la ciudad y sometiera a las poblaciones de los alrededores. Sin embargo, él estaba dispuesto a demostrarle que estaba errada, que, juntos, podían aspirar a mucho más.

Con aquella incursión, había dado el primer paso de un camino en el que no había posibilidad de dar marcha atrás. Si su lealtad sin mácula y la brutal eficacia con la que desempeñaba cada cometido lo habían mantenido como favorito de la reina hechicera durante años, había llegado el momento de avanzar, de una vez por todas, más allá; y estaba convencido de que, al ver el botín, ese botín que le

permitiría alimentar a los suyos con mayor largueza y hacerse con más armas con las que aprovisionar a una hueste cada vez más nutrida, ella, esa mujer bendecida por la plata, entendería al fin que tenía la razón.

—Tenemos que llevarlo ante la hechicera, mi señor Rantar. Ella sabrá qué hacer —insistió Burgu en tono bajo pero vehemente.

Su plan había consistido en matar, quemar, violar y saquear. No había nada que temer; sólo tenían que alargar la mano y tomar todo a lo largo y ancho de aquel territorio. Pronto extenderían el dominio de la luna sin encontrar oposición digna de tal nombre. Y, con ello, también regalaría a sus hombres días de risas, el placer de imponerse por la fuerza y ejercer su poder, erigidos por instantes en una suerte de dioses que decidían a capricho si los que tenían a sus pies vivían o abandonaban este mundo. Porque, si ellos apoyaban sus demandas, la reina claudicaría al fin.

Y ahora aparecía ese niño, portador de una señal que no sabía cómo interpretar. Los dedos de Rantar se clavaron en la carne tierna hasta dejar sus huellas impresas; en vez de arreciar su llanto, el bebé pareció tranquilizarse, lo que enfureció aún más al guerrero. A su lado, Burgu miraba al pequeño, extasiado. Rantar apretó los labios. Él, que creía en la fuerza más que en ninguna otra cualidad, se veía obligado a reconocer que algunas cosas escapaban a su entendimiento. Sólo la hechicera sabría cómo interpretar aquello, y no podía arriesgarse a contrariarla.

Pasó el dedo por la marca como si deseara borrarla, hacerla desaparecer, pero sólo consiguió que los bordes de la media luna enrojecieran, bien definidos. Giró el rostro hacia Burgu, que le sostuvo la mirada. No dudaba de su fidelidad, pero la luna era la señora de todos, la que todo lo contemplaba desde su atalaya celeste, la que derramaba

sus lágrimas como dones sobre la piel de su elegida. De una manera o de otra, ella sabría lo que allí había sucedido. Contrariado, entregó el bebé a su compañero.

–Llévatelo –dijo con voz seca–. Hazlo desaparecer de mi vista.

Sacudió la cabeza con irritación, y empujó a Gruntar con violencia. Vengaría parte de su descontento sobre el cuerpo de la mujer.

Libro I
Hijos de la diosa

Sureste de la península ibérica. Año 1619 a. C.

CAPÍTULO 1

Gentar comía en silencio de un cuenco de barro cocido. Como cada mañana, era una mezcla de cebada molida y agua, unas gachas insípidas, pero que al menos le llenaban el estómago día sí día también.

Siempre desayunaba en la misma estancia antes de comenzar la jornada como aprendiz junto a Moloth, el orfebre. Paseó la vista, distraído, por el suelo de tierra. Frente a él, dos mujeres charlaban mientras hacían girar las piedras en las que se molía la cebada, el trigo o el centeno, para luego volcar la harina en la pileta donde se conservaría durante varios días. Esos tres tipos de grano constituían casi la totalidad de la dieta de los habitantes de la ciudad, aunque no todos podían permitirse conseguirlos a diario. En cambio, quienes vivían en palacio ocasionalmente podían consumir alimentos algo más sabrosos y variados, como la leche, los huevos o incluso algún pedazo de carne. Pero sólo los que, como Gentar, no pertenecían al servicio o eran esclavos.

Catorce años de su vida, los mismos con los que contaba, llevaba sin salir de aquel palacio, cada jornada igual que la anterior. Recordaba haber ayudado a Moloth desde que tenía uso de razón, acarreando agua o manteniendo el fuego encendido. Desde el alba hasta cerca del anochecer, en invierno o en verano, los días transcurrían junto a

su maestro, compartiendo sudor y silencio, no en balde el orfebre había entregado a la luna su capacidad de hablar a cambio de poder dar forma a sus lágrimas en la forja.

A Gentar no le pesaban el silencio, el trabajo duro o el calor. La diosa había elegido para él ese destino, uno de los mayores honores a los que alguien fuera del selecto grupo de los señores de la noche pudiera aspirar. A veces, mientras observaba cómo su maestro trabajaba la brillante plata con una delicadeza y una devoción únicas, se le hinchara el pecho de orgullo al pensar que un día sería él el depositario de toda su sabiduría. Sentía entonces que su papel era aún más importante que el de los poderosos guerreros que conducían a los suyos a la batalla para castigar a los enemigos de la diosa. Pues, cuando sucediera a Molothe, él se convertiría en el único hombre bendecido con la posibilidad de tocar la plata y, por medio de ella, de comunicarse con la diosa.

Sin darse cuenta, su mente voló al pasado. Estaba en el pequeño patio donde se almacenaba la leña, a la sombra de las grandes tinajas de barro repletas de cereal o de lino, contemplando el reflejo danzante de los rayos de sol sobre el agua de la enorme cisterna que proveía a los más pudientes de la ciudad; el resto de habitantes, sin embargo, debía llegarse a diario hasta la orilla del río cercano para cargar en el camino de vuelta con el peso del preciado líquido. Y es que, aquel día, él había visto a la reina por primera vez.

Lo primero que notó fue el silencio a su alrededor. Las mujeres, hasta ese instante atareadas como abejas, dedicada cada una a sus quehaceres, enmudecieron de repente. El tiempo pareció ralentizarse cuando todas bajaron la mirada y se apresuraban a postrarse, de rodillas. Por el contrario, él levantó la cabeza, ignorando con obstinación la mano que lo tironeaba de la camisa para indi-

carle que también se arrodillara en el suelo de tierra apisonada, como habían hecho todos. Y al alzar la mirada a punto estuvo de dejarse caer, tal fue la impresión que aquella mujer que caminaba con paso grácil entre las siervas arrodilladas le causó.

Temió entonces que su luz lo cegara, pues pobre era el reflejo de los rayos del sol sobre el agua en comparación con la sutileza de los que arrancaba de la fina diadema de plata de la reina. También eran de plata el magnífico collar y los aros que le adornaban los dilatados lóbulos. Hasta las propias sandalias de esparto refulgían, entrelazadas de hilos argénteos. La reina hechicera, la elegida de la luna, receptáculo de su poder. Aquella a la que la señora de la noche bendecía al entregarle sus lágrimas como adorno.

Cuando la mujer se volvió hacia él, Gentar desvió la mirada con premura. Sabía que debía arrodillarse, pero por alguna razón el cuerpo no le respondía. Un sudor frío lo empapó al oír el furibundo resoplido de uno de los guerreros que acompañaba a la reina. En dos largas zancadas se llegó a su lado y lo apartó del camino, clavándole unos dedos como garras en el brazo y propinándole un empujón que le hizo exhalar un gemido ahogado.

—Déjalo, Rantar —lo amonestó ella con voz dura, antes de dirigirse a Gentar—. Muchacho, ya es hora de que comiences el aprendizaje para el que estás destinado, según la voluntad de la diosa. Mañana serás entregado a Moloth.

Gentar sólo pudo asentir, confuso. Contuvo el impulso de acariciarse el brazo dolorido a la vez que pugnaba por contener las lágrimas. Aquel señor de la noche lo escrutaba con tal odio en la mirada que, preso del miedo, se encogió sobre sí mismo, como si quisiera ocupar el menor espacio posible o incluso desaparecer. Y se quedó allí, inmóvil, hasta un largo rato después de que la reina y sus guerreros cruzaran el patio y desaparecieran de su vista.

Las mujeres del servicio retomaron sus labores con premura; salvo una de ellas, Nesta, la misma que lo había instado a arrodillarse en un primer momento. Se acercó a él y le pasó el brazo por los hombros en ademán maternal.

—¿Es ella, Nesta? ¿La reina? —Ella asintió, despacio, y Gentar abrió mucho los ojos—. ¿Y por qué me conoce? ¿Por qué ha dicho que la diosa espera algo de mí?

—Puede que sea la primera vez que tú ves a la reina, Gentar, pero desde luego no es la primera vez que ella te ve a ti. La diosa te ha elegido para que aprendas de Moloth, el orfebre. Esfuérzate, muchacho, y vivirás bien.

—¿Y por qué me odia ese guerrero?

—El señor de la luna nueva odia a todo el mundo —zanjó ella, removiéndole el cabello para tranquilizarlo. Pero a Gentar no le pasó desapercibido que no lo miraba a los ojos.

—¡Gentar, espabila! No hagas esperar al orfebre.

Como surgida de sus ensoñaciones, fue la voz de la propia Nesta la que lo hizo regresar a la realidad. Gentar asintió con ímpetu, apuró el cuenco, levantándolo con ambas manos para sorber hasta la última gota de su contenido, y se lo tendió a la mujer para al instante abandonar apresuradamente la habitación.

Dejó que sus pies lo guiaran hasta el taller. Antes de atravesar el dintel, ya se dejaba sentir el calor de la fragua. Se preguntó cuál sería su labor ese día: limpiar y colocar las herramientas, volcar el metal en los moldes, desechar la escoria, traer agua...; o tal vez su favorita: dar forma al metal con golpes precisos, enfriar las piezas, comprobar que el peso y el filo fueran los adecuados para cada herramienta. Cuando los restos del bronce le llenaban las manos, su mente se llenaba de proyectos, de planes; intrincados diseños poblaban su mente, y todo él temblaba sólo de pensar en el momento en el que, por fin, fuera capaz de dar

forma a sus sueños. Cuando cumpliera los quince años, su iniciación se daría por completada, y por primera vez recaería sobre sus hombros la responsabilidad de diseñar y elaborar cuatro piezas completas, solamente él, con las que debería demostrar todo lo aprendido. Cuatro espléndidos brazaletes, pesados, relucientes y hermosos, para los señores de la noche.

No pudo evitar un escalofrío al acordarse de la cruel mirada de Rantar, que tantas veces había aparecido en sus pesadillas de infancia. Pero sólo debía lograr la aprobación de tres de ellos para poder continuar con su formación; aun así, sabía que, si dos expresaban su descontento, sería expulsado de palacio y arrojado a los niveles inferiores de la ciudad, donde a nadie le preocuparía si sobrevivía o no.

Se consoló pensando que ya no era a Rantar a quien tendría que ofrecer su trabajo, pues éste llevaba ya varios años postrado en cama, negándose a morir. Desde que la enfermedad comenzara a consumirlo, había cedido el cargo a su único hijo varón, Volthar, un joven de rostro agraciado y mirada torva con el que apenas había coincidido en alguna ocasión. Esperaba que no hubiera heredado de su padre la inexplicable animadversión que aquél parecía sentir por él.

Fuera como fuese, no superar la prueba no entraba en sus planes. Llevaba mucho tiempo preparándose con ahínco para ese momento, y adivinaba en los ojos de su maestro que éste lo consideraba preparado para la ocasión.

Aun así, su éxito en aquella prueba traería consigo no sólo una gran responsabilidad, sino también un enorme sacrificio en el que no deseaba detenerse a pensar en demasía. Podría manipular la plata que la luna les regalaba desde el cielo, y elaborar para la reina cualquier cosa necesaria en su vida cotidiana, así como adornos y joyas

refinadas para las ceremonias y ocasiones especiales, ya que la elegida no podía tocar nada que no estuviera revestido del brillante y mágico metal. Pero, a cambio, él debía entregar su capacidad de hablar, pues dedicaría su vida y pensamientos únicamente a la plata, y era obligado que nadie pudiera arrancarle los secretos que se le revelarían. A partir de ese momento, tan sólo se comunicaría con la diosa y con la reina, y por medio del argénteo metal.

Moloth se encontraba frente a la mesa de piedra pulida sobre la que depositaba el metal para que se enfriara, desnudo de cintura para arriba y con el torso bañado en sudor. El calor que irradiaban las brasas parecía arder el aire.

–Buenos días, maestro. –Moloth no se dio la vuelta, pero Gentar sabía que lo había oído–. Traigo agua fresca. –Y le alargó el pellejo de piel de cabra.

El orfebre asintió a modo de agradecimiento y tomó el recipiente, bajo la atenta mirada de Gentar. Llevaba ya casi una década al servicio de aquel hombre calmado y serio. Él había cambiado mucho en aquel tiempo, pues llegó a su lado cuando no era más que un crío fascinado por todo cuanto lo rodeaba, y ahora ya estaba muy cerca de alcanzar la edad de un hombre. Aun así, si era sincero consigo mismo, debía admitir que las enseñanzas que compartían seguían causándole una honda impresión. Sin embargo, Moloth le parecía el mismo, y Gentar se dio cuenta de que le sería difícil calcularle la edad. Tenía exactamente el mismo rostro pétreo y anguloso que cuando lo pusieron a su cuidado, cuando sus ojos de niño identificaban su pelo blanco, corto y ralo con el de alguien que había vivido muchas primaveras ya. La piel curtida no había cambiado; ni siquiera se habían añadido nuevas arrugas junto a los ojos o en la frente, y los ojos seguían brillando, claros como el hielo. Gentar podía haber pensado que se aseme-

jaban a los de un ciego si no lo hubiera visto desenvolverse entre herramientas y metales; quizá las interminables horas en la oscuridad de la fragua, con la única compañía de las llamas que hacían danzar las sombras contra la pared y el hiriente fulgor anaranjado de los metales al calentarse, les habían brindado ese aspecto. Su torso era ancho, y los brazos, fuertes. El tiempo parecía pasar de una manera diferente para él, como si la plata protegiera de sus huellas a su rostro atemporal y le conservara las fuerzas y la habilidad de sus dedos para poder seguir creando las armas más resistentes y las joyas más delicadas. Consagrado al servicio de la diosa y de su pueblo, el contacto de las lágrimas de la luna parecía haber elevado a Moloth un paso más allá del mundo de los mortales.

El ruido brusco de la puerta al chocar contra la pared los sobresaltó. La luz proveniente del exterior se coló en la estancia, y tanto el maestro como el alumno se volvieron, sorprendidos. Tan sólo los señores de la noche, los guerreros de la sombra, fieles custodios de la reina, y la reina misma, podían penetrar en aquel lugar. Cualquier otro que osara interrumpir su trabajo pagaría con la vida tal atrevimiento.

Guerreros. Cinco fornidos guerreros, con espadas cortas y alabardas en bandolera. Sus imponentes sombras se recortaban contra la luz.

Dos se quedaron vigilando la puerta, y los otros tres se adentraron en la estancia. Gentar reconoció en uno de ellos las características que lo señalaban como un guerrero de la sombra, uno de los veintiocho combatientes que servían únicamente a la soberana: ojos azules como el cielo durante el estío, el cráneo totalmente afeitado, y la forma de la luna tatuada en la parte superior de sus mejillas.

—Orfebre —tomó la palabra el que iba en medio. Gentar se sobresaltó, acostumbrado a que se dirigieran a su

maestro con un tono mucho más respetuoso—, se ha convocado la partida, y serán mis hombres los que la protegerán. Saldremos mañana mismo, y me propongo no pasar fuera un instante más de lo necesario. Esos salvajes llevan demasiado tiempo pensando que pueden hacer lo que deseen, y no permitiré sorpresa alguna por su parte, así que todos los miembros de la partida, incluido tú, deberán obedecer mis indicaciones con premura.

Gentar lo miró, boquiabierto. Un centenar de preguntas se agolpaban en su mente. ¿Salvajes? ¿Partida? ¿Acaso el orfebre iba a emprender un viaje por territorios enemigos? ¿Y quién era aquel guerrero que osaba hablarle con tan brusca autoridad? De repente, el chico se estremeció. Notaba su mirada fija en él.

—Tú, muchacho, largo de aquí. Esto todavía no es asunto tuyo.

El guerrero avanzó un paso y quedó bajo la luz. Gentar lo reconoció al fin: era Volthar, el hijo de Rantar. Cuatro años mayor que él, con un rostro apuesto que no hacía juego con sus ojos crueles, largos cabellos del color de la cebada madura y una barba incipiente que aún no le cubría toda la mandíbula. Sin inmutarse, Gentar se limitó a observar el recorrido de una gruesa gota de sudor que se le había formado en la frente, poco acostumbrado como estaba al ambiente sofocante de la fragua. Sólo cuando Volthar frunció el ceño y repitió con vehemencia el gesto con el que pretendía despedirlo pareció salir de su ensoñación. Sin embargo, el tercero de los guerreros detuvo a Gentar antes de que pudiera moverse y se dirigió a su compañero.

—Contén esa lengua, joven Volthar —lo amonestó, severo—. Muestra el debido respeto al orfebre, y hazlo extensible a su aprendiz, que pronto será bendecido también por la diosa. La señora te ha otorgado un gran privilegio

al entregarte el mando de esta expedición, heredero de la luna nueva. Demuestra que eres merecedor de él.

Gentar estuvo a punto de suspirar de alivio al oír la familiar voz de Kunar. No dijo nada, pero agradeció para sí la presencia del veterano guerrero y sus palabras de respaldo, a pesar de que éstas le valieron una mirada de animadversión por parte de Volthar, quien, de inmediato, asintió con fingida humildad.

Kunar, el poderoso señor de la luna llena, de larga y entrecana melena y expresión habitualmente seria, se había convertido en el favorito de la reina desde que Rantar había caído en desgracia ante los ojos de la soberana; si nunca antes habían sido amigos, a partir de ese momento se consideraron enemigos, aunque la posición que ocupaban les hubiera impedido llegar a cruzar las armas o expresar abiertamente su hostilidad.

El joven e impetuoso guerrero se mordió el labio para contenerse. Cada vez le resultaba más difícil no estallar ante aquellos a los que responsabilizaba de la caída de su padre y que, después, la habían aprovechado en su propio beneficio. Catorce largos años habían transcurrido desde entonces, y al fin las tornas estaban a punto de cambiar. Sólo debía tener un poco más de paciencia.

–Tienes razón, Kunar. Si pasa la prueba, se convertirá en el más sagrado de los hombres –dijo al fin con voz clara, aunque en la mirada de soslayo que dedicó a Gentar no ocultaba su desprecio.

–Estoy seguro de que así será –lo secundó Kunar, lanzando un disimulado guiño al joven aprendiz.

–Partiremos mañana al alba, orfebre. –El tono de Volthar era seco, pero ya no arrogante–. Escoge a los portadores que necesites, pero en ningún caso pueden ralentizar la marcha ni, por supuesto, cuestionar ninguna orden. Ahí fuera son muchos los peligros, un lugar habitado por

salvajes que no conocen el honor. Nunca me perdonaría que a algún miembro de la partida le ocurriera algo... desagradable. –Clavó la mirada en un intimidado Gentar.

–Contamos con tu valor al frente de la expedición, con la destreza de los guerreros, y tanto Moloth como Gentar cuentan con el favor y la protección de la diosa, como se ha demostrado en el pasado. Cumple con tus votos, y no deberemos temer ningún mal –replicó Kunar con firmeza.

Estas palabras recordaron a Volthar de nuevo el oprobio de su padre. Conteniéndose una vez más, se limitó a inclinar levemente la cabeza, sin responder, para luego darles la espalda y dirigirse hacia la puerta.

Cuando el joven hubo desaparecido, Kunar relajó el semblante y palmeó el hombro de Gentar, quien soltó un resoplido de alivio que dibujó una sonrisa fugaz en el rostro del veterano señor de la luna. Le agradaba aquel guerrero de porte severo y mirada limpia. A él, así como al viejo guerrero de nombre Burgu, fallecido escaso tiempo atrás, les debía el aprendizaje de lo poco que sabía que no tuviera que ver con la fragua. Desconocía, sin embargo, que había sido la misma reina quien les había encomendado vigilar y proteger sus pasos, pues nunca había terminado de fiarse por completo de Rantar.

Kunar desenvainó con lentitud su largo cuchillo de bronce con mango de asta de ciervo y se lo tendió al muchacho, que lo tomó y estudió su filo, buscando alguna mella que el veterano deseara hacer desaparecer.

–Es para ti. No debes temer el viaje, pero nunca está de más ir preparado. Siempre es bueno llevar un arma cuando nos alejamos de la ciudad; al igual que las portamos en nuestro último viaje, el que nos lleva hasta el seno de la gran señora, debemos llevarlas cuando el camino nos lleva a marcar nuestros pasos sobre la tierra polvorienta. –Se volvió hacia Moloth–. Amigo, ¿podrías forjar un nuevo